

La tierra de Dios y el pueblo de Dios: relaciones renovadas

Ruth Padilla DeBorst

Otro día en un mundo quebrantado

Inicia otro día. Otro día de incertidumbre. Temes por tu vida y la de tus seres queridos. Nunca sabes si te atacarán bandidos en el camino o si las pandillas amenazantes tomarán el barrio. Las noticias diarias reflejan violencia y muerte. Todos batallan por lograr mayor seguridad. Así es la vida estos días. Y por ello los habitantes almacenan provisiones, construyen murallas y les alertan a los hijos que no confíen en nadie. ¿Resulta conocida esta escena? Pues ésta es la historia registrada en Génesis 6: «Al ver el Señor que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal... » (Gn 6.5).

La violencia reinaba dentro y fuera del corazón humano. La gente, la tierra y hasta los animales y las plantas sufrían. Pero el narrador afirma que Dios no estaba lejos ni de vacaciones. Dios vio todo esto. Dios tampoco era indiferente. Su naturaleza de amor y justicia no le permitía permanecer indiferente y alejado de este cuadro. Dios « ...se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón» (Gn 6.6).

Dios entró en duelo. El corazón le pesaba de tanto dolor. El daño que estaban provocando las personas a quienes había colocado en su tierra para que la cuidaran no expresaba en lo más mínimo el plan de Dios al crear el mundo. En el principio, Dios había hecho los cielos y la tierra. Dios había visto y celebrado que era bueno. En el principio, Dios había colmado la tierra con criaturas vivientes, y había celebrado su diversidad. En el principio, Dios había moldeado de la tierra terrícolas, hombres y mujeres que gozarían de la intimidad con Dios, del uno con el otro y con el resto de la creación. Y Dios había dicho «Esto es *muy* bueno!».

Pero los seres humanos habían arruinado los regalos generosos de Dios. Habían decidido andar por su propio camino y ya no con Dios en el Jardín. Cuando pusimos en tela de juicio la bondad de nuestro creador, se destruyó la armonía con Dios. Cuando escogimos decidir por cuenta propia qué estaba bien y qué estaba mal, la sospecha, la vergüenza, el dolor, la muerte y la violencia cavaron profundas trincheras entre los seres humanos. Se hicieron trizas las relaciones humanas. Ya no éramos capaces de acompañarnos mutuamente. Cuando escogimos creer las mentiras de una criatura en lugar de ejercer el cuidado responsable del resto de la creación como mayordomos de la propiedad de Dios, nuestro trabajo se volvió pesado y agobiante. Se dañó la relación entre la tierra de Dios y el pueblo de Dios. Todos estos vínculos rotos desfiguraron la imagen de Dios en el ser humano. Cuando quisimos tomar y acumular egoístamente lo que Dios nos brindaba en forma gratuita, ¡lo perdimos todo!

Al Dios de la vida, de la plenitud y de la abundancia le resultó demasiado doloroso sobrellevar tanta pérdida, tanto desperdicio, tal devastación. El Dios trino, esa comunidad amorosa de Padre, Hijo y Espíritu, no podía tolerar la ruptura de la comunidad. «Entonces dijo: “Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado. Y haré lo mismo con los animales, los reptiles y las aves del cielo. ¡Me arrepiento de haberlos creado!”» (Gn 6.7).

Quizá la única salida era comenzar de nuevo, desde cero. Quizá sencillamente Dios debía descartar todo el asunto como un experimento fallido. La historia podría haber terminado en Génesis 6.

Pero, gracias a Dios, no fue así. La historia continúa. Y lo hace concentrándose en un hombre y una familia. El texto dice: «Pero Noé contaba con el favor del Señor» (Gn 6.8).

Noé y una responsabilidad descansada

Lamec eligió el nombre para su hijo. Lo llamó Noé, afirmando: «Este niño nos dará descanso en nuestra tarea y penosos trabajos, en esta tierra que maldijo el Señor» (Gn 5.29).

En hebreo, el nombre Noé suena como la palabra «descanso». ¡Y la descripción del hombre realmente evoca descanso cuando se lo compara con sus contemporáneos! Mientras ellos andan matándose unos a otros, negando a Dios y abusando de la naturaleza, «Noé era un hombre justo y honrado entre su gente. Siempre anduvo fielmente con Dios» (Gn 6.9).

Varias veces repite el narrador: «Y Noé hizo todo según lo que Dios le había mandado». Se destacaba por su fidelidad. El escritor de Hebreos le atribuye a esa fe su amor por la justicia y su obediencia a Dios (Heb 11.7). Su existencia era una vida en conexión con Dios y con sus buenos propósitos. Ése es el punto de inflexión de la historia. Es como si Dios –aun en su justificada ira y decepción– hubiera estado esperando una excusa para abrazar de nuevo a sus hijos descarriados, para cubrir su desnudez. Y Noé, imperfecto como tú y yo, pero dispuesto a encarrilar su vida en obediencia con los propósitos del Dios que da vida, fue la excusa perfecta. Tal como en el principio, en la época de Noé la creación de un mundo nuevo fue puramente una iniciativa del Dios soberano y amoroso. Dios simultáneamente declara sentencia y salvación, destrucción y redención: «He decidido acabar con toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia. Así que voy a destruir a la gente junto con la tierra. Constrúyete un arca de madera resinosa... Pero contigo estableceré mi pacto, y entrarán en el arca tú y tus hijos, tu esposa y tus nueras. Haz que entre en el arca una pareja de todos los seres vivientes, es decir, un macho y una hembra de cada especie, para que sobrevivan contigo...» (Gn 6.13-21).

Dios proporciona los medios para la supervivencia de la tierra y sus habitantes, humanos y no-humanos. Porque *el Dios que es comunidad* ama la obra de sus manos y

anhela celebrar porque todas las cosas son buenas, como lo fueron en el principio. Así que, en medio de esos tiempos turbulentos, Dios manda a Noé que construya un arca, una especie de hogar, no sólo para las personas sino también para una rica diversidad de animales. Allí estarían a salvo –¡y aprenderían a vivir juntos! Norman Wirzba explica que, en la tradición rabínica, el arca no se concibe como una vía de escape sino como un campo de entrenamiento donde Noé debía aprender a asumir responsabilidad por la creación y a vivir en fidelidad con Dios. A Noé le tocaba no sólo encontrar una salida de la crisis para los miembros de su familia. ¡Debía también almacenar alimento y proveer condiciones adecuadas para la subsistencia de tantas especies! Debía administrar la casa de modo tal que todos se llevaran bien. La suya era una tarea tanto ecológica –relacionada con el manejo de la casa (*oikos=eco/tierra*)– como económica –relacionada con las normas para la vida en conjunto dentro de la casa (*oikos=eco/tierra; nomos=reglas*)–. Este «hogar» compartido con otras personas y con todas las criaturas se convirtió en una «escuela de compasión y cuidado», según las palabras de Wirzba (Wirzba: 141). En efecto, el texto dice que después de que Noé, Sem, Cam, Jafet y sus esposas habían abordado junto a todos los animales, «el Señor cerró la puerta del arca» (Gn 7.16). Dios sumergió a Noé en un hogar-escuela de relaciones intensas, inevitables e íntimas. No había salida: Noé necesitaba aprender a relacionarse de una manera renovada con los habitantes de ese microcosmos y a asumir la responsabilidad por ellos.

Cuidado responsable, sí, y también descansado. Noé es llamado a practicar una responsabilidad descansada. El sustento y la supervivencia de los habitantes del arca no dependían exclusivamente de él. Sus vidas no estaban en sus manos. Ninguna cantidad de estrés, ingenio o tecnología podía garantizar el éxito. Dios había detallado las disposiciones, y eran de la buena voluntad y el aliento de Dios los que sostenían la vida de todos. La nueva vida en la tierra era un obsequio que sólo les tocaba recibir, y un regalo que Noé debía aprender a esperar. Las aguas llegaron, las aguas arrasaron con todo, las aguas bajaron. Pero Noé sólo debía esperar. La tierra se secó y Noé todavía debía esperar la orden de Dios para salir del arca.

Las clases por fin terminaron cuando Dios le dijo a Noé que saliera del arca, con palabras que nos remiten a la historia de la creación, reiterando la intención de Dios para la humanidad y para todo el orden creado: «Sal del arca junto con tus hijos, tu esposa y tus nueras. Saca también a todos los seres vivientes que están contigo: las aves, el ganado y todos los animales que se arrastran por el suelo. ¡Qué sean fecundos! ¡Qué se multipliquen y llenen la tierra!» (Gn 8.16-17)

En el principio, de la nada, Dios creó un mundo rebosante de vida y espléndido en su diversidad. Ahora, una vez lavada la violencia humana de la tierra, Dios otorga una nueva oportunidad para una abundancia saludable en la tierra de Dios: «Nunca más volveré a maldecir la tierra por culpa suya. Tampoco volveré a destruir a todos los seres vivientes, como acabo de hacerlo. Mientras la tierra exista, habrá siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, y días y noches» (Gn 8.21-22)

Más allá de la supervivencia: relaciones renovadas

Los planes de Dios no se orientan meramente a la supervivencia y la multiplicación. La vida en la tierra purificada exige y depende de buenas relaciones. Por todos ellos Dios seguramente les pedirá cuentas: «Por cierto, de la sangre de ustedes yo habré de pedirles cuentas. A todos los animales y a todos los seres humanos les pediré cuentas de la vida de sus semejantes» (Gn 9.5).

El pueblo de Dios es responsable por todas las formas de vida en la tierra de Dios. Responsable, sí, pero descansadamente responsable. Porque los vínculos establecidos entre los nuevos habitantes de la tierra – tanto humanos como no humanos – forman parte de una red que incluye otra relación esencial: la relación entre Dios y el orden creado. Si esa relación no es restaurada, vanos serán los esfuerzos de la humanidad por cuidar de manera responsable del resto de la creación. A pesar de que este vínculo también ha sido roto por la violencia y la irresponsabilidad humana, Dios, en su misericordia, abre la puerta para su renovación. En lo que constituye «la primer referencia explícita a la concertación de un pacto en el texto bíblico» (Wright:435), ¡el creador, espontáneamente y por cuenta propia promete humillarse y establecer un acuerdo vinculante con sus criaturas! Otra vez Dios ofrece comunión con Dios mismo como un obsequio a ser recibido. «Pero contigo estableceré mi pacto...» (Gn 6.18).

Una vez que Dios da la luz verde para que los habitantes del arca salgan a la tierra seca, «Dios les habló otra vez a Noé y a sus hijos, y les dijo: “Yo establezco mi pacto con ustedes, con sus descendientes, y con todos los seres vivientes que están con ustedes, es decir, con todos los seres vivientes de la tierra que salieron del arca: la aves y los animales domésticos y salvajes. Éste es mi pacto con ustedes: Nunca más serán exterminados los seres humanos por un diluvio; nunca más habrá un diluvio que destruya la tierra”» (Gn 9.8-11).

Luego Dios pinta en el cielo un precioso arco multicolor como señal del pacto entre Dios y la tierra. Aunque Dios le habla directamente a Noé, quien en su papel sacerdotal ha construido un altar y ha ofrecido animales en holocausto como agradecimiento a Dios en nombre de los demás seres humanos y de todos los animales a quienes aprendió a cuidar, Dios establece el pacto con todos los seres vivos: «Cada vez que aparezca el arco iris entre las nubes, yo lo veré y me acordaré del pacto que establecí para siempre con todos los seres vivientes que hay sobre la tierra» (Gn 9.16).

Llamados a ver y recordar

Dios promete ver y recordar. A Noé y a sus descendientes se los llama a que vean y recuerden. Al pueblo de Dios –en efecto, a la misma tierra de Dios– se le llama a ver y recordar.

Como familia nos mudamos a Costa Rica hace seis meses. Era el pico de la temporada de los arco iris. Dos, y a veces tres, arcos multicolores abrazaban el cielo en una exposición cotidiana de belleza y de la promesa. Somos bien afortunados de estar alquilando una casa rodeada de árboles y con vistas espectaculares de las montañas

aledañas. Los pájaros nos despiertan con su canto y los atardeceres iluminan el cielo con tonos violáceos y rosados: declaraciones atrevidas de la gloria de Dios en lo pequeño y en lo majestuoso. Cuando tomo en cuenta estas cosas, mi corazón canta con el salmista: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal 19.1).

Sin embargo, lamentablemente, para la mayoría de la gente el canto de los pájaros es ahogado por el ruido incesante, y los atardeceres sólo aparecen en las postales. Y peor aún, los pájaros mismos se ahogan en derrames de aceite y nubes de *smog* esconden el sol. En los plenarios y talleres durante estos días estaremos obligados a considerar el sombrío panorama de la tierra de Dios estropeada y lastimada por la negligencia y la codicia humanas. Aún así, también debemos recordar que la creación, como obra buena de nuestro Dios bondadoso, es buena en sí misma. No es divina –merecedora de la adoración que sólo le pertenece al creador– pero sí sagrada. A pesar de su estado reprimido y maltratado, la creación todavía apunta hacia su creador y revela la gloria de Dios. Empeñarse contra viento y marea a recordar cómo suena el canto de un pájaro y a rememorar la asombrosa luz y el colorido de un atardecer son en sí mismos actos creacionales para el pueblo de Dios hoy. Ver y recordar juntos nos faculta y empodera para actuar responsablemente en el cuidado de la tierra de Dios. Cuando protegemos, preservamos y conservamos la naturaleza, la liberamos de la esclavitud de nuestro propio pecado y permitimos que viva su vocación: hacemos posible que cante las alabanzas de su creador. Cuando dejamos de consumir desenfrenadamente y, por el contrario, cuidamos responsablemente la tierra, el aire, el agua y todos sus habitantes, contribuimos a que Dios disfrute de su propia creación. Cuando amamos aquellas cosas que ama nuestro hacedor, nos unimos al canto y nos acercamos más a nuestro Padre. A Noé se lo recuerda en Génesis 9.20 como el primero que «se dedicó a cultivar la tierra» porque, como propone Wirzba, «él se comprometió con la creación con cuidado y compasión... Noé es la persona auténtica porque restaura la conexión entre adán y *adamah*, la conexión entre la humanidad y el suelo que-da-vida» (Wirzba:142).

Nosotros también podemos vivir nuestro propósito creacional, articulado por Dios a Adán y Eva, y reiterado a Noé, por más sombrío que parezca el panorama. Ésta es una dimensión intrínseca de nuestra misión mientras vivamos en la tierra de Dios. En palabras de Wright, «cuidar la creación es de hecho la primera declaración positiva que se hace acerca de la especie humana; es nuestra misión fundamental en el planeta» (Wright:436). Los asuntos ecológicos y económicos siempre han sido y siguen siendo partes integrantes de la misión reconciliadora de Dios y, por lo tanto, del pueblo de Dios.

Llamados a esperar con anticipación esperanzada

Nuestra identidad original mixta –como terrícolas hechos a imagen de Dios– y nuestra vocación inicial –como jardineros del resto de la creación– son reforzadas al mirar hacia atrás y recordar como también al mirar hacia adelante y esperar el cumplimiento de los propósitos creacionales de Dios. Como en la época de Noé, también hoy la imagen de Dios ha sido tan distorsionada en la humanidad, en los

océanos y las selvas, los glaciares y las llanuras; sin embargo, Dios no se da por vencido. Wright nos recuerda: «Aun cuando vivimos en una tierra *maldita*, a la vez vivimos en una tierra que está *bajo el pacto*» (Wright:435). Vivimos en una tierra a la cual Dios amó tanto que envió a su único Hijo a nacer en ella, a vivir, enseñar, sanar y morir en ella, a resucitar de ella y a establecer en ella su reinado reconciliador. El reinado justo de Dios se ha instalado a través de Cristo en la misma tierra que pisoteamos, en el aire que respiramos, en el agua que bebemos. Y Dios está renovando toda la creación, convirtiéndola en un cielo nuevo y una tierra nueva (Isaías 65).

Contrariamente a muchos escenarios escatológicos que habrían aniquilado a este mundo, la enseñanza bíblica afirma que esta tierra acabará en el basural, desechada como material inútil. En efecto, en la época de Noé, las aguas del juicio arrasaron la maldad de manera tal que la creación pudiera ser renovada. Así otra vez, en el día del juicio final, todas las cosas quedarán expuestas como afirma 2 Pedro 3.10. Sin embargo, como explica Wright: «El propósito de la conflagración que se describe en este pasaje no es la devastación del cosmos en sí mismo, sino más bien la purificación del orden pecaminoso del mundo en que vivimos, por medio de la destrucción de todo lo malo que hay en la creación, para establecer la nueva creación» (Wright: 544).

Por la gracia de Dios todos seremos reciclados para parecernos a la única imagen fiel y verdadera de Dios, Jesucristo. Entonces, ya liberados del poder destructor del pecado humano, nosotros y toda la creación de la cual formamos parte celebraremos nuevamente porque Dios, nuestro creador, morará plenamente entre nosotros (Ap 21.3).

Nuestra misión, al enfrentar otro día en un mundo quebrantado, es ver y recordar, esperar con anticipación esperanzada y vivir día a día con responsabilidad descansada. Que esta conferencia sirva un poco como el arca en la cual Noé se vio obligado a aprender a relacionarse de nuevo con los habitantes de ese microcosmos y a asumir la responsabilidad por ellos. Que el Espíritu de Dios se mueva entre nosotros esta semana, renueve las relaciones, restaure la imagen de Dios, siembre semillas de anticipación esperanzada en nosotras y nosotros para que podamos vivir más fielmente la misión de Dios como pueblo de Dios en la tierra de Dios. ¡Salgamos de aquí y recibamos los regalos generosos de Dios!

Bibliografía

Norman Wirzba, «Care for the Plot of God's Earth given to us» in Rutba, House, ed. *School(s) for Conversion: 12 Marks of a New Monasticism*, Cascade Books, Wipf & Stock Publishers, Eugene, 2005.

Christopher Wright, *La misión de Dios: descubriendo el gran mensaje de la Biblia*, Ediciones Certeza Unida, Barcelona-Buenos Aires-La Paz-Lima, 2009.